



GILES
KRISTIAN

LANCELOT

GUERRERO. AMIGO. AMANTE. LEYENDA.

Guerrero, amigo, amante, leyenda.

Las legiones de Roma son un recuerdo que se desvanece. Los enemigos acechan las fronteras de Bretaña. Y Uther Pendragon se está muriendo...

En ese mundo fracturado e incierto, un muchacho es abandonado y se convierte en un refugiado del fuego, el asesinato y la traición. Un desconocido con la única compañía de un halcón odioso y los recuerdos de todo aquello que ha perdido. Sin embargo, no le falta talento y, bajo la atenta vigilancia de Merlín y Lady Nimue, perfeccionará sus habilidades e iniciará su viaje hacia la madurez. Por el camino, se encontrará con Ginebra, una chica tan bella como salvaje y orgullosa, pero que se siente marginada por sus dones. Y, mientras tanto, el muchacho se verá deslumbrado por Arturo, el guerrero que lleva con él las esperanzas de todo un pueblo, el fuego entre la oscuridad...

Son tiempos de lucha y sangre, e incluso la amistad y el amor parecen condenados al fracaso. Los dioses están desapareciendo y ya no existen más allá del alcance de los sueños. La traición y los celos gobiernan los corazones de los hombres y el mismo destino de Bretaña sobrevive en el filo de una espada.

Pero el joven renegado que abandonó su hogar en Benoic sueña con vengarse. Y ahora es un señor de la guerra. Un hombre amado y odiado, admirado y temido. Un hombre abandonado, pero no olvidado. Él es Lancelot.

Ambientada en la Bretaña del siglo V, asediada por bandas invasoras de sajones y francos, irlandeses y pictos, esta épica de Giles Kristian cuenta, en palabras de Lancelot, la historia del más venerado y villano de todos los caballeros del

rey Arturo, el guerrero que batalló siempre al lado del señor pero que, sin embargo, le robó a su dama. Esta es la historia de uno de los grandes mitos de leyenda, una historia que, al fin, Kristian ha reimaginado para nuestros tiempos.

Prólogo

Implacable, persigo sin parar cada giro, cada vuelta, a través del humo amargo que asciende desde los incontables caseríos. Sobre los promontorios de los túmulos y el brillo del arroyo. Entre fardos de cereal, robles antiguos y piedras erectas, la alondra es una ondulante mancha castaña a una garra de distancia. Ahora, el blanco fogonazo de su cuello. Ahora, el blanco y negro del borde delantero de su ala. Olvidada su canción, su terror es el sabor del viento.

No puedo atraparla. Entro en barrena. Giro. Me elevo hacia los dioses y desciendo en picado hasta la tierra. Sutura la tierra al cielo. Me deleito con la persecución, pero aún más con las vistas. Toda la prodigalidad del mundo apiñada en mi ojo fiero.

Viro abruptamente, abandonando la estela de la alondra. Atraído hacia el runrún que no se eleva del océano cercano, sino de los hombres. Me poso en lo alto del árbol sin ramas. El árbol labrado, de cuya cintura pende una abrazadera de cadena de hierro. Huelo la niebla ascendente del aliento de la multitud. Me calienta las plumas en el aire enrarecido de la madrugada. Y observo. También siento. Más de lo que un ave debería sentir. La pena que, como un sudario, se echa sobre la asamblea. El miedo. La incertidumbre y el remordimiento.

El runrún aumenta, retumba por entre los congregados como una ola y vuelve a apagarse. Llegan los lanceros, que parten el rebaño, torpe, por miedo y respeto. Entre ellos, una mujer. De espalda tan recta como las lanzas, pero mu-

cho más noble. El pelo negro como ala de cuervo. Azul como el caparazón de un escarabajo. Bronce bruñido como las hojas de haya en el cambio de estación. Y todavía posee tanta belleza que el aire del día se extingue en trescientos pechos, como el humo y las chispas aspiradas por el cañón de la fragua. Los brazos se extienden, las manos gesticulan tratando de aferrar su traje de color bermejo. Hombres y mujeres se fusionan, ávidos de tocarla cuando pasa. Ansían una parte de su tragedia. Anhelan una pizca de su poder. Temen sus artificios.

Mi hambre se extingue junto con el recuerdo de la alondra. Un chico mezquino me ve y tira una piedra, y me elevo de la estaca; mis alas anchas y puntiagudas golpean más rápido que el pensamiento y me cierno en la brisa ascendente, todavía observando cómo conducen a la mujer, cómo la tironean a veces, como se arrastra a una yegua poco dispuesta hacia el semental.

El hombre tonsurado está hablando ahora, pero mis oídos no son mis ojos y sus palabras son como el graznido de un ganso. Hacia arriba, tiran de ella, sin gracia, hasta alcanzar los haces de ramas y mimbre, y le colocan la fría cadena alrededor de la cintura, desposándola con la estaca. Ya solo lucha con su mirada y su porte. El orgullo y el pudor constituyen su única magia, diga lo que diga el hombre de la tonsura, con los brazos extendidos y las manos intentando aferrar el cielo.

Suspendido allí, por encima de todos ellos, soy una bola de energía vibrante, contenida en la tensión de un arco templado. Espero no ver otra alondra, ni una tarabilla ni un pinzón ni una bisbita, porque mi dominio sobre el instinto de esta criatura es delgado como el humo. Puede que me precipite hacia el oeste persiguiendo alguna presa hasta los confines de la tierra.

Ahora, fuego. Tan brillante como para quebrarme el ojo. Florece en un tizón que hiede a alquitrán. El hombre que porta la antorcha se adelanta con los ojos bajos, como si

temiera encontrarse con la mirada de la mujer. ¡Y bien que podría temerla! Podría temer a esos ojos glaucos casi azulados que han visto las almas de los hombres como los ojos del halcón ven el mundo: en infinito e inmaculado detalle.

Está helado este hombre que porta la tea. Quieto y rígido como la estaca a la que no osa acercarse. Tal vez tenga miedo de la mujer. Tal vez le tema a la multitud, que se contiene como una respiración entrecortada. Queriendo el fuego y, aun así, no queriéndolo.

Ahora llega el hombre de oro, con la cota reluciente muy a pesar del día. La gente se aleja de él, contrasta con el modo en que revoloteaban alrededor de la mujer. Apartan la mirada, pero yo no aparto la mía y lo observo cuando le arrebató la antorcha al otro. Su rostro tiene la palidez de las cenizas frías.

Se dirige a la multitud con voz de dolor y, a grandes zancadas, conduce la llama a través del lodo, una ofrenda de fuego a lo que nada es sin fuego.

Pero entonces se detiene. Está solo en un mar de almas. No le asusta mirarla, como sí asustó al otro hombre. Ahora sus ojos se encuentran. Garras enmarañadas en garras. Linajes enredados en linajes.

En algún lugar una mujer aúlla. Más gritos se elevan en el aire cargado de odio. El hombre de oro levanta la antorcha azotada por el viento y, con los miembros envalentonados y el propósito renovado, da los últimos tres pasos.

Las lágrimas de la mujer caen en la madera seca. Vuelve el rostro y mira por encima de todos ellos. Mira más allá de ellos, a través del velo que separa esta vida de la próxima. La llama prende entre la paja encajada en el mimbre. Un chisporroteo de fuego. Un resuello de los que han venido a dar testimonio. El primer bucle nauseabundo de humo enfermizo y amarillo se enrosca y una bocanada me baña en su hedor chamuscado. Demasiado para una criatura de los cielos límpidos. Levanto el vuelo a toda prisa, alejándome

del odio devorador y del miedo, y dejo que el viento me impulse a lo largo del valle.

Capítulo 1

Fuego en la noche

De mi padre todavía recuerdo el olor a cuero y acero. La grasa de lana que había en su manto y en sus pantalones y en sus espadas, que mantenía el agua a raya pero apestaba a oveja. El aroma dulce a heno del establo y el olor a sudor viejo de la silla de montar. También su propio sudor, de masculinidad almizcleña. Y lo turbio, a veces aterrador, de su aliento agrio por la cerveza y el vino.

Las más de las veces ya no recuerdo su cara. Tal vez no quiera hacerlo. Pero recuerdo su olor. Solo tengo que pensar en su olor para volver a ser un niño.

También recuerdo su contacto, pero por su excepcionalidad, por su falta de familiaridad. Aquella mano grande que me alborotaba el pelo, dejándomelo como penachos. La roca de su pecho contra mi espalda cuando me ayudaba a tensar mi primer arco. La suave aspereza de su barba la tarde en que, junto al hogar, me susurró que mi madre era la mujer más hermosa de Benoic.

Y más a menudo, los guijarros afilados de sus nudillos, que me atravesaban la mejilla y me dejaban sordo de una oreja y dolorido para el resto del día. El escozor de su cinturón cuando lo había disgustado, o cuando otros lo habían disgustado. El apretón de hierro de sus manos grandes en mis brazos y la sacudida que me zangoloteaba los sesos dentro del cráneo y la embravecida tempestad de furia torrencial en mi cara.

Es curioso que, en medio del caos arremolinado de aquella noche, recuerde nítidamente el tacto de la mano de mi padre. La aspereza de su piel envolvía la mía. La deformidad gruesa y callosa de su mano mientras me arrastraba a través del humo revuelto y la oscuridad acariciada por las llamas, porque nuestros enemigos habían llegado. Yo había estado en los establos cepillando a Malo, el garañón de mi padre, porque el animal estaba de tan mal humor que nadie, ni siquiera Govran, se habría acercado a él. Aquel invierno la nieve había sido espesa y persistió hasta la primavera. Un manto blanco sobre Benoic había mantenido a la gente junto al fuego del hogar, al ganado en los establos y a los caballos en las caballerizas. Porque no se arriesga al príncipe de las bestias, al amado de la diosa Rhiannon, en la nieve si no hay un buen motivo. Pero trata de explicar esto a Malo. Con quince palmos de alto y de sangre española, según decía Govran, Malo era fuerte y rápido, despectivo y peligroso. Sangre caliente en una tierra fría. Y estaba aburrido, frustrado por la inacción. Culpaba al mundo y a los dioses y a los hombres por esto, pero no me culpaba a mí.

Y, como todos los sementales, Malo creía que la mejor alternativa a una carrera era una pelea.

—El maldito demonio casi me arranca el brazo de un mordisco cuando le acerqué el cepillo —había dicho Govran al entrar, al tiempo que sacudía de sus botas grandes copos de nieve que se derretían sobre las cañas de junco que cubrían el suelo.

El caballero de mi padre, Govran, conocía y amaba a los caballos más de lo que amaba a las personas, incluida su mujer Klervi, o así decía ella a menudo y él nunca la desmintió.

—Dejó a Erwan de culo cuando intentó cogerle el casco para ver si había podredura —espetó Govran, resoplando entre sus frías manos—. Debería dejar suelto a ese demonio negro y observarlo mientras cruza a la carrera el techo

del mundo, escupiendo furia y arrastrando fuego. —Primero miró a mi madre, luego a mi padre. A mí no me miró—. ¿Quieres que almohace al diablo? Tendrás que mandar al niño.

No muchos podían hablar así a mi padre. Govran, sí. Habían sido hermanos de armas mucho antes de que mi padre se convirtiera en rey.

—No te deja muy bien lo que dices, Govran —le contestó mi padre. Y así era, porque yo todavía no había cumplido nueve años—. ¿Debería estar buscando un nuevo caballero?

—O un nuevo caballo —refunfuñó mi madre entre dientes.

Govran farfulló algo que, por fortuna para él, no se oyó porque los troncos de pino chascaron y estallaron en el fuego del hogar, tapando su voz. Para entonces ya habíamos consumido toda la leña debidamente preparada para ello.

Fuera se levantaba el viento y yo sabía que eso no ayudaría al estado de ánimo en los establos.

—No me morderá, padre —dije, casi seguro de ello.

El ceño de mi madre se frunció con gravedad, como un tejado de paja cargado de nieve.

—Esa bestia podría arrancarle la cabeza al niño de un mordisco y luego la engulliría de un bocado —replicó.

—Me muerde porque de vez en cuando olvida qué es qué —dijo Govran, frotándose los dedos y las palmas para entrar en calor—. Se cree que él es el amo y yo el criado, y trata de ponerme en mi lugar. El muy cabrón. —Me señaló con un movimiento del mentón—: No se siente amenazado por el niño.

—Los niños no se hacen hombres atados a las faldas de sus madres —murmuró mi padre, llevándose la jarra a los labios y bebiendo un gran sorbo.

—Los niños no se hacen hombres si una bestia de malas pulgas les arranca la cabeza de un mordisco —dijo mi madre.

No había sonrisas. Solo fuego, y lámparas que ardían, y humo y aire viciado. Todos anhelábamos que llegara el cambio de estación.

Un murmullo y un gesto de la mano de mi padre. Suficiente. Ya estaba fuera, sin tan solo una linterna para iluminar el camino, abriéndome paso pesadamente en la nieve crocante hasta el puesto iluminado de Malo. Dentro, el ambiente era cálido, con un rastro de almizcle, y apacible por su aliento, alentado con el ritmo de unos fuelles de forja, que atizaban la ira que había alejado al resto de los humanos.

—Estoy aquí —dije quedamente, como nieve que cae sobre nieve—. Estoy aquí.

Al principio, resopló con sorna, muy consciente de que los varones se habían retirado y habían enviado a un niño. Se avergonzaba de ellos. Pero le dejé oler mis manos unos segundos, mientras le susurraba que podía morderlas si eso le hacía sentir mejor. Y, como no me mordió, me subí al taburete del herrero, enterré mi nariz en sus gruesas crines e inhalé su esencia; y luego le susurré que ya éramos amigos y que podíamos maldecir al resto. Entonces nos pusimos a trabajar: yo, con su pelaje negro como ala de cuervo, quitándole el polvo de la paja y la suciedad; él, en la tarea de deshacerse del odio.

Las yeguas, los potros y los otros sementales estaban inquietos en los establos. Un caballo teme el siseo del viento porque teme a las serpientes. Está en él, en su interior, pasa del padre al potrillo. Así se lo había contado un forastero a Govran, que a su vez me lo contó a mí.

—Si me preguntas, te diría que es más probable que teman los sonidos que no pueden oír a causa del viento, como el de una manada de lobos merodeando —me había dicho Govran, lo que resultaba más verosímil para un chico que creía que un príncipe como Malo no podía confundir las corrientes y mareas del cielo con una criatura que se arrastra sobre el vientre.

Más tarde, de tener tiempo, me ocuparía de otros tres o cuatro caballos, pero Malo era mi favorito y, cuando estaba con él, el mundo exterior se desvanecía como el humo en las corrientes de aire. Éramos Malo, yo y el cepillo de cerdas. De la cabeza al cuello; luego, el pecho, la pata delantera hasta la rodilla, e incluso la pezuña. De vez en cuando, frotaba las cerdas del peine de asta de ciervo para quitar los residuos.

Después, su larga grupa, los flancos, el vientre y, finalmente, las patas traseras hasta la cuartilla. Con cada cepillado, el aceite de su piel afloraba a la superficie hasta que brillaba como ébano lustroso. Por último, la crin y la cola, con el peine, hasta que fueron como seda ondeando por las rachas de viento que se colaban entre las maderas del establo. Leve como un pensamiento, aunque despreocupado del paso de la media luna por el cielo.

Ni siquiera Malo era capaz de guardar rencor por mucho tiempo. No conmigo. Para cuando terminé con él, el destello de indignación de su mirada era ahora de orgullo. Y allí estaba en toda su envergadura, resoplando arrogante, haciendo honor a su nombre, que significaba «rehén radiante» porque antes le había pertenecido al enemigo de mi padre. Cuando yo era todavía un niño de pecho, lo habían capturado en una incursión junto con otros tesoros, pero a mi padre le gustó demasiado como para revenderlo.

—Un caballo puede ser tan vanidoso como cualquier guerrero —había dicho Govran.

Malo era más vanidoso que cualquiera de los soldados de mi padre. Pero a mí me gustaba, y yo le gustaba a él. Y nunca me había mordido. Nunca.

Y aquel grito fue la primera noticia que tuve del ataque que esa noche iba a cambiar mi vida para siempre.



Con la tela de almohazar en la mano —ya casi había terminado—, quitaba las últimas motas de polvo dejadas por el cepillo blando, limpiándole alrededor de los ojos a Malo, donde no hubiese tolerado las cerdas. Estaba entregado a la tarea, saboreando el destello de su pelaje negro, tal y como los guerreros de la casa de mi padre se complacían consigo mismos cuando sacaban lustre a los yelmos, a las espadas, a las vainas y al cuero de sus tahalíes. De modo que, al principio, no me percaté de la nota estridente de un cuerno entre el gemido salvaje del viento, al otro lado de los establos. Fue Malo quien me alertó. Bufó y levantó la cabeza, aguzó las orejas, filtró los gritos y el estrépito del cuerno del lamento del viento.

Olí a humo en ese mismo instante y supe que nuestros enemigos habían llegado. El cuerno volvió a sonar, y salí corriendo a la noche, que en ese momento era de cobre y bronce porque habían prendido fuego al granero y a la fragua. Las vacas mugían de miedo en el cobertizo y varias sombras corrían a través de la nieve. Vi fuego en espadas y yelmos, y su hechizo me paralizó.

—¡Muchacho! ¡Corre, muchacho! ¡Con tu padre! —gritó la voz de Gwenhael a través de la capa que lo cubría; llevaba la espada en mano, su mirada era feroz de cerveza y su aliento empañaba el grito—. ¡Vete, muchacho! —bramó, y luego concentró toda su corpulencia vestida de pieles en un guerrero que le había arrojado una lanza. Gwenhael desvió el golpe antes de enterrar la espada en el vientre de su contrincante, pero había tres más que lo cercaban, como lobos a un oso, y Gwenhael alzó la espada con ímpetu y rugió su desafío. Lo vi caer bajo un diluvio de acero e insultos.

Y entonces eché a correr, aunque no hacia el palacio ni en busca de mi padre. Corrí por los laterales de los establos, aterrorizado tanto por los relinchos y los chillidos de los caballos como por el asesinato de Gwenhael, y luego atravesé el descampado frente al granero, veloz como una

liebre sobre la nieve bronceada por el fuego. El viejo ahumadero había sido el hogar de Hoel y sus halcones desde que el trasero del rey Peredur calentó el trono de roble de Benoic, y nunca había oído que la puerta estuviese cerrada. Ahora tampoco estaba cerrada, sino que batía sus dinteles, abierta de par en par, con un retumbo que hacía que los pájaros chillaran y aletearan sin cesar en sus perchas, tensando sus correas en un alboroto desaforado.

—¿Quién ha venido, muchacho? —graznó Hoel. Su curiosidad era lo único que le impedía aguijonarme con el señuelo de cazador que sostenía en la mano, por haber asustado a los halcones. Pero ¿qué pensaba que podría hacer el viejo halconero con ese señuelo contra los hombres que estaban matando a los guerreros de mi padre?—. ¡A ver! ¡Desembucha, muchacho! ¿Quién está matando a quién?

—Son los hombres de Claudas —dije, sabiéndolo sin necesidad de que me lo probara el estandarte de ciervo del rey de Tierra Desierta, ni de haber visto a Claudas en persona aquella noche lamida por las llamas—. Los vi matar a Gwenhael —admití, avergonzado de repente sin motivo.

Hoel dejó escapar un sonido de su garganta, que oí a pesar de los chillidos de los halcones a nuestro alrededor. Detrás de él, el gerifalte de mi padre era una furia blanca tratando de escapar de su percha y su estridente gañido desgarraba la rancia penumbra mientras sus grandes alas provocaban que las velas se apagarán.

—¡A ver! ¡En nombre de Taranis! ¿Qué haces aquí, muchacho? —preguntó Hoel con la cabeza inclinada como imitando a uno de sus halcones para poder clavar su único ojo en los míos. El otro era nata cuajada en medio de montones de arrugas y cicatrices desde hacía mucho tiempo, gracias a las garras feroces de alguna criatura. Una terrible herida para que sea contemplada por un niño de mi edad, pero más horrenda aún para el niño que la había soporta-

do. Y, aun así, el aprendiz de un solo ojo se había convertido en maestro, y yo estaba acostumbrado a ese horror.

Observaba la espalda de Hoel cuando una ráfaga de viento pasó por entre las puertas desde donde él se encontraba mirando hacia fuera y me envolvió en el aroma conocido de su sudor. A decir verdad, el viejo halconero me caía mejor que mi propio padre; Hoel lo sabía y se sentía culpable por ello. También sabía que mi cariño por él y sus pájaros podía ser mortal para mí. Se dio la vuelta y me miró ferozmente; su ojo bueno me dijo que había visto algo terrible en aquella oscuridad perseguida por las llamas.

—Tu madre estará afligida, muchacho. ¡Vete de aquí, antes de que esté todo perdido!

—Nos marcharemos juntos —dije, y se oyó un chillido en la noche que podía ser de una zorra, aunque sabía que no lo era.

—¡No hagas el tonto! —exclamó Hoel, inclinándose hacia mí como para golpearme con el pájaro de esparto y cuero que todavía sostenía en la mano agarrotada—. ¡No echaré a correr con el resto! ¡No podría, aunque quisiera!

Sabía que era cierto. Imposible imaginar las viejas piernas de Hoel, enjutas como una fusta, llevándolo a buen ritmo por la nieve. Ni siquiera recordaba haberlo visto cabalgar, ni tampoco acompañaba a los hombres a cazar últimamente, confiado de que mi padre era lo bastante hábil con los halcones como para no estropearlos.

—¡Vete! ¡Ahora! —gritó, y me golpeó con el señuelo. Dos veces, pero lo soporté sin perder pie.

Hoel debería haber tenido un aprendiz, pero había rechazado a todos los pretendientes —tampoco es que se presentaran muchos—, y yo estaba convencido de que me reservaba el puesto, aunque faltaban varios años para que estuviese listo. Pasaba la mitad de mi vida en aquel sitio oscuro y acre y, pese a que los saberes del maestro halconero eran amplios y su trabajo incomprensible para mí, sentía fascinación por los pájaros. Los admiraba. Los quería, inclu-